

A la atención de Don José Hierro

Madrid, 20 de junio de 2022

Estimado José:

Te escribo esta carta para agradecerte el día que te conocí.

A comienzos de los años ochenta, cursaba primero de bachillerato en un instituto de un barrio de Madrid, el García Morato. En mi clase, muchos alumnos estábamos habituados a la lectura desde el colegio. Mi afición surgió con los cuentos clásicos y pronto pasé a devorar las novelas juveniles que me regalaban. Como en casa teníamos una surtida biblioteca, pronto pasé a leer novelas para adultos. Mis padres nunca comprobaban si los libros que cogía eran apropiados para mi edad, a ellos lo que les importaba era que leyese y que no estuviera todo el día en la calle. Los primeros los elegía por la portada. Al poco tiempo alguien me dijo que en la contraportada podía saber de qué iban antes de leerlos. Aquello fue un gran descubrimiento.

Un día la profesora de literatura, nerviosa y bastante emocionada, anunció que a la semana siguiente vendría a dar una conferencia, para los alumnos del primer curso, un escritor importante: José Hierro. Recuerdo que recibimos la noticia con entusiasmo, no porque supiésemos quién eras, por perdernos las clases la tarde de tu visita. Durante una semana estudiamos tus poemas. El jefe de estudios seleccionó a los alumnos que mejor leíamos para recitar tus versos cuando terminases de hablar. Ensayamos durante horas. El resto de los compañeros pintaron carteles con dibujos alusivos a tus poemas para colgarlos en la sala de conferencias.

Llegó el día de tu visita por la tarde. Aparecimos en el instituto vestidos de domingo. Bien peinados y perfumados. Ocupamos las butacas rojas tapizadas con una áspera tela que nos picaba en las piernas desnudas. Las profesoras daban instrucciones sin parar: «¡Portaros bien! ¡No habléis!». En el estrado te

esperaban una mesa antigua de madera y un sillón de cuero. Y encima de la mesa, a la derecha, habían amontonado tus libros. Te recibimos con aplausos. Las profesoras nos indicaron que nos levantásemos; no tomaste asiento hasta que dejamos de aplaudir. Agradeciste tal entusiasmo por un simple poeta, dijiste. Me gustó la modestia que te rodeaba y la cercanía con tu joven público. La alegría inicial te duró poco tiempo.

Comenzaste a hablar con voz suave y el rostro serio. Podías haber sido el abuelo de muchos de nosotros. Un abuelo poeta al que no entendíamos. Tu discurso sobre la escritura nos fue aburriendo. Los versos que recitabas se quedaban suspendidos en el aire sin conmovernos. La buena voluntad de portarnos bien desapareció. Nos movíamos nerviosos en las butacas. Hablábamos subiendo el tono hasta obligarte a hacerlo a ti también. Las profesoras no conseguían controlarnos. Hasta que hiciste algo que nos inquietó: te quedaste en silencio. Más serio aún que cuando hablabas. Con la mirada dura y el bigote oscuro dabas miedo. Estábamos seguros de que nos castigarían al marcharte, por nuestra falta de respeto.

Entonces te levantaste del sillón de cuero. Bajaste la escalera que separaba el estrado de las filas de butacas y te sentaste en el último escalón. Pediste que nos acercáramos y que nos sentásemos en el suelo. No adivinábamos tus intenciones. Las profesoras nos apremiaban para que no te hiciésemos esperar. Dejaste de ser un hombre hablándonos desde el estrado y pasaste a ser un amigo. Te preocupaste de lo que queríamos ser de mayores. De nuestros gustos. De lo que leíamos. Recitamos los poemas ensayados durante días y nos dirigiste para que los versos tuvieran alma. Con tu voz y la sensibilidad que ponías sonaban mucho mejor. Te fuiste abrumado de cariño. Las profesoras se sorprendieron al ver que, el tropel de alumnos de la sala, organizábamos varias filas para darte un par de besos como despedida. Reías y por el brillo de tus ojos se notaba que te encontrabas cómodo entre tu peor público, sin duda.

Nunca te he olvidado, José Hierro, y han pasado cuarenta años.

Con cariño,

Candela Llamas